

hipòcritas fariseos, que con piel de oveja eran crueles lobos. Lo que mas lastimó à los piadosos cristianos en medio de tanta sangre como se derramó en aquella cruda y perseverante guerra, fué que no solamente à los indios tepeguanes alcanzó la sublevacion, sino que otros de diversas naciones presumiendo gozar los privilegios é inmunidades que ellos se prometian, se alistaron por suyos, y se enumeraban por seguidores de su bárbara y cruel milicia, de los cuales la mayor parte fué de la nacion Cora, que habita en las serranías de Guazamota hasta Durango; y que esto hicieran los bozales y rudos indios no admira, porque el engaño del demonio tuvo tales circunstancias, que no lo superara aun otra gente menos ruda; pero lo peor fué que mulatos, negros y otras gentes de estas tierras se unieron à los indios, presumiendo à rio revuelto tener muchas ganancias entre la confusion y tumulto, y aun daban crédito à sus adoraciones y oráculos, y asenso à tantas mentiras como el demonio habia depositado en sus rústicos entendimientos, con que aun los que se tenian por mas domésticos eran los mayores enemigos, refiriendo à los indios las determinaciones de los españoles, el poco apercebimiento que habia en las casas, lo indefenso de los conventos, y todo cuanto podia conducir à darles ánimo para la consecucion de sus sangrientos designios.

Tan de parte del infeliz suceso se puso aquella fiera gente, que aun los indios pequeños de tierna edad, criados y acariciados de los religiosos, y que los tenian en sus celdas con especial amor y cariño se olvidaron del amor que à los ministros tenian, y se llegaban à sus parientes, negando ingratos los beneficios y agasajos que habian recibido, y deseando que se acabasen de destruir los conventos y que les quitasen las vidas à los religiosos, pudiendo mas la inclinacion áspera, y depravada naturaleza en esta gente, que la crianza que tuvieron con los religiosos esperimentándose en el discurso de la guerra ser los niños los que mayores oprobios decian contra los cristianos, llamándolos embusteros, é incitando à los mayores à que derramasen la cristiana sangre.

## CAPITULO XI.

*Prosiguense las sangrientas hostilidades de los indios, y se refiere lo que se padeció en la provincia.*

Padeció por este tiempo el reino de la Nueva Vizcaya con la sublevacion de sus indios tepeguanes la mayor infelicidad que pudo sobrevenirle, pues del alzamiento se siguieron inconvenientes tan lastimosos, que nos han dejado hasta hoy bastantísima materia de sentimiento; lo primero fué que se cortó el hilo que habia cogido corriente en la obediencia y cristiandad de los indios: se asoló y despobló la mayor parte de aquel reino, que por ser de escelente temperamento de muchos rios y fuentes, cantidad grande de ganados mayores y menores, y cria de caballada, abundaba toda la tierra, y se hallaba abastecida de todos los humanos menesteres; y todo se perdió con la sublevacion, asolándose las casas, destruyéndose los sembrados, consumiéndose los ganados, y por último, quedaron muchos reales de minas despoblados, perdiéndose muchas cantidades de gruesas haciendas, sin que hasta el dia de hoy haya podido coger el corriente que tenia la buena administracion y seguridad con que los ministros vivian; pues con este mal ejemplo otras naciones belicosas y bárbaras han hecho, y hacen cada dia varias sublevaciones sin intermision alguna: de forma, que desde entonces hasta el dia de hoy no se ha vivido un solo instante sin



grandísimos recelos en aquellos horrosos países, porque la pequeña tregua que suelen dar, sirve de estar esperando mas cruda guerra, como casi en los mismos sucesos se lamentaba Ovidio de los bárbaros escitas.

Comenzaron la sangrienta guerra los indios tepeguanes, cogiendo á los españoles muy descuidados: hicieron en diversos pueblos varios destrozos con grandísima mortandad de gente, y entre los primeros que experimentaron crueldad tan atroz y enorme, murieron cinco apostólicos varones de la Sagrada Compañía de Jesus, que viendo la traicion de los bárbaros, y las abominaciones con que ultrajaban las imágenes sagradas, con celo intrépido, como hijos de quien es fuego de Dios, muy encendido, con un crucifijo en las manos se opusieron resueltos á sus sacrílegas osadías, hasta que en la demanda perdieron felizmente la vida. También murió un religioso de N. P. Santo Domingo, que habiendo llegado á buscar limosna á la Vizcaya, padeció acerba y rigurosa muerte á manos de los bárbaros y obstinados indios: y lo que padecieron nuestros religiosos diré, mediante Dios, cuando trate de las muertes lastimosas de los ministros á las sacrílegas manos de los impíos tiranos: y aunque los indios caribes acostumbran siempre salir á ejecutar sus insultos y traiciones cogiendo siempre á los hombres descuidados, y nunca acometen á los pueblos ni soldados que conocen prevenidos: en esta infeliz ocasión tuvieron tanta avilantez y descaro, fiados en la imaginaria resurreccion que el demonio les habia prometido, que llegaban á los pueblos aunque se hubiesen fortificado, y desafiaban á los soldados con palabras indignas é injuriosas, y salian á campaña escuadrones formados, como pudiesen los mas políticos guerreros, entrando cada dia nuevas escuadras de refresco y dando continuamente armas falsas, para rendir á los españoles que eran poquísimos en comparación del crecido número de indios que por todas partes les acometian y asaltaban, y tenian tan creído el que habian de resucitar que se entraban por las puntas de las espadas españolas y de sus lanzas, y aun con resolución bárbara se llegaban á las bocas de las escopetas, porque no se malograssen sus tiros, y los asegurasen con la cercaña, en confianza de que no era perder la vida, sino esperarla mejor y mas di-

chosa, como el demonio les habia prometido cuando se les fingió Espíritu Santo.

Y para que mas se confirmasen en este descaminado pensamiento, hizo el demonio que los indios que morian á manos de nuestros soldados, fuesen vistos despues de los demas compañeros, como que andaban peleando, fingiendo estas apariencias el demonio para mas precipitarlos, que cuando los hombres sin temor de Dios cometen todo género de maldades, entonces permite Dios á las infernales escuadras potestad para usar de sus astucias para nuestra eterna desdicha; y como los espíritus infernales son tan interesados en obstinar á los incautos pecadores, como enseña el Eclesiástico: (*Eclesiast. 34*) y por otra parte Dios se los permitia, no se descuidaban en engañar á los indios con semejantes embelecos: todo lo referido fué tan cierto, que constó jurídicamente de la declaración conteste de muchos indios que cogieron, y para ajusticiarlos solemnemente, se les recibió en toda forma su dicho.

El número que murió de los cristianos en esta sublevacion inopinada fué grande, y sus muertes se ejecutaron con lastimosas circunstancias: unos morian atravesados de innumerables saetas, otros á fuerza de los golpes de las macanas, y muchos eran quemados vivos dentro de sus mismas easas, porque á los que se recogian en ellas huyendo de la crueldad de los indios, les pegaban fuego por las ventanas y azoteas, guardando otros las puertas, y así los que escapaban del incendio, caian en las puntas de sus penetrantes flechas, y es costumbre de todos estos bárbaros, que á cuantos llegan á coger, hacen sus cuerpos pedazos, y sacándoles el corazón, si pueden antes que mueran por los pechos, enredan sus entrañas entre espinosas zarzas con que dejaban en los caminos y los pueblos, donde cometian estas maldades, los corazones, entrañas y demas trozos de humanos cuerpos para aterrar los soldados que los seguian, con inhumanidad tan execrable, sin que de su bárbaro furor se viesen libres ni la edad, ni el sexo, antes á las mugeres que les parecian bien, despues de haber ejecutado sus deseos torpes en ellas, les quitaban las vidas; y á los niños, cogiéndolos de los piés, contra las piedras les hacian pedazos las cabezas con endemoniada ferocidad é infernal furia: el número de las muertes



que en diversas partes ejecutaron, fué muy crecido, aunque no se pudo saber determinadamente los que perecieron en tan sangrienta guerra.

Los sacrilegios é insultos, que fuera de los homicidios cometió aquella bárbara turba, no se pueden decir sin horror, ni se podrán leer sin igual lástima; pues fuera de haber abrasado los templos, derribaban de los altares las imâgenes de los santos, y las quebraban, pisaban y herian con rabia de demonio, que como este infernal enemigo estaba temeroso de que no se le acabase la hora de su potestad, no soltaba las manos de la labor, incitando à los indios con sus astucias para estas sacrílegas maldades, y por cuantos caminos cupieron en la permision Divina.

Juntóse gran multitud de bárbaros en un pueblo que llaman Santiago Papasquiario, donde asistian dos devotos y venerables padres de la Compañía de Jesus para asolarle, retirándose à la iglesia cantidad de gente española con otras familias, y habiéndolos cercado y puesto fuego à la iglesia; conociendo los referidos padres que habian de perecer todos en las voraces llamas del incendio, sacaron al Santísimo Sacramento, juzgando que les hubiese quedado algun rastro de cristiandad à los bárbaros ó alguna veneracion al Señor Sacramentado, y estando con el Venerando Sacramento en las manos uno de los religiosos, le cubrieron de crueles flechas, y derramando en tierra las sagradas formas, comenzaron à pisarlas aquellos piés obscenos y sacrílegos, haciendo bárbara irrision del Señor que estaba debajo de aquellas especies oculto, permitiendo Dios este ultrage para nuestra confusion por nuestras esecrandas culpas.

No paró aquí la furia diabólica de esta gente, pues ademas de las heridas que dieron à las imâgenes sagradas de Cristo crucificado y su Santísima Madre en el Mezquital ó Atotonilco, que está inmediato, y queda ya referido, azotaron à una imâgen de María Santísima con abominables ceremonias, y poniendo en sus andas à una india de su nacion, la sacaban en procesion para irrision del cristianismo y sus ceremonias, convirtiendo los ornamentos sagrados en indecentes usos, hasta llegar à engalanar con ellos sus cabellos, sirviéndose de los cálices sagrados como otro Baltazar, para sus embriagueces inmundas. Otras cosas que hallo escritas de esta sublevacion

callo de propósito por indignas, de que tamaños errores lleguen à los piadosos oídos de los católicos, que hay cosas que se suelen ejecutar, pero no se pueden decir, como notó Séneca. (*Séneca, epist. 10.*)

Ejecutadas semejantes atrocidades por los indios, y viendo que cada dia se desbocaban à mayores insultos, reconociendo los de la ciudad de Durango, que el gobernador, que andaba en campaña, no tenia gente suficiente para atajar tantos horrores, alistaron gente, que agregada à otros amigos de los contornos y à la que el gobernador traia en campaña, formaron un escuadron que pasaba de seiscientos hombres diestros y valerosos, y à su costa, y con ocho mil pesos que sacaron de la caja real, se pusieron todos armados en campaña, con ánimo determinado de no volver à sus casas, sin destruir ó sujetar à la razon al enemigo: salieron en su busca, y como llevaban por norte el celo de la religion, acometian intrépidos à los bárbaros, haciendo tal mortandad en ellos, que corria la sangre por los campos, los que quedaban siempre por nuestros. Viéronse los bárbaros afligidos; pero como el demonio se les aparecia, y los esforzaba con la seguridad de la victoria y con la fingida resurreccion que les habia prometido, y les manifestaba aparente en muchos que habian muerto, se resolvieron los indios à juntar todas sus fuerzas, y dar à los nuestros campal batalla, asegurados del infernal enemigo, de la victoria.

Salieron como veinticinco mil indios escuadronados al campo y llanuras de Cacaria, como nueve leguas de Durango, con tal coraje y denuedo, como revestidos del demonio. Vieron los pocos nuestros à los innumerables indios bárbaros, y conociendo en el orgullo con que venian su intencion diabólica, les hizo el gobernador una breve y eficaz plática. Púsoles à la vista la inocente sangre derramada de tantos ministros sacerdotes y de los españoles, para que irritados como generosos elefantes, entraran à la batalla mas sañudos: díjoles, que siendo cristianos y católicos, en sus manos ponía el desagravio de los ultrajes que aquellos bárbaros habian cometido contra Cristo y su Santísima Madre, haciendo irrision de sus imâgenes; que considerasen atentamente que eran fieles católicos y cristianos piadosos; que miraran en la empresa que tenían à la vista el



nombre de Dios y su honra, y que advirtiesen que aquel afligido reino y su Iglesia se acogían al sagrado de su celo, y se amparaban de su valor y esfuerzo; que su patria, mugeres, hijos, haciendas y vida, pendían de esta batalla, y que llevando tantos motivos para pelear con osadía, el principal era la justicia y exaltación de la fe católica. Hizo señal el general, porque ya se acercaba el enemigo, y acometieron los nuestros con tal denuedo á los bárbaros, que abría cada uno de los nuestros brecha por el centro de los indios á los filos de su espada: no desanimaban los bárbaros á vista de tantos muertos, antes cerrando los puestos de los que caían difuntos, se estrechaban ferrozmente con los nuestros, de que se les seguía ser su conflicto mas sangriento, porque dos veces ciegos, una con los humos de su rabia y de la multitud que peleaban, y otra con la resurrección que esperaban, se avanzaban á las puntas de las lanzas y á las bocas de nuestras escopetas, y los nuestros los recibían con sus puntas, sin ser necesario secundar el golpe para quitarles la vida. De esta suerte pelearon mas de cinco horas, y murieron mas de quince mil de los bárbaros: fué muy corto el número de los nuestros: retiráronse fugitivos los pocos indios que quedaron á la inmediata sierra, y viéndose perseguidos de los nuestros que les seguían los alcances, y que por todas partes los mataban, conociendo que su nación casi se había asolado, y que de tantos como habían muerto en la guerra ninguno recusitaba, como el demonio les había dicho, conociendo el manifiesto engaño, les comenzó á pesar de su disparatada resolución tan en perjuicio de sus vidas, pues por cada cristiano que habían muerto, mataron los españoles cuarenta indios. Con este conocimiento, pidieron la paz, y después de haber castigado á los mas culpados, se formaron nuevos pueblos, aunque muy disminuidos, y desde este día se han ido, por la Divina permisión, consumiéndose los de esta nación poco á poco, y en estos tiempos se van quedando con muy pocos indios estos pueblos.

Duró esta sublevación poco más de un año, y no fuera tan malo, como con ella se hubieran acabado los alzamientos de los indios de la provincia; pero permitió Dios que el año de 1695 se alzasen los taramaques, la nación mas dilatada y bel-

cosa del reino de la Vizcaya, con las mismas circunstancias de insultos, muertes, incendios de templos y ultrages de sagradas imágenes que los tepeguanes. Habiendo prevenido esta fatal desdicha una imagen de María Santísima de Guadalupe, pequeña, que estaba y está en nuestro convento de San Francisco de Conchos, con tres días de muy copioso y continuado sudor á vista de los religiosos y del general Retana y los soldados de su presidio, que admirados del suceso, no sabían á qué atribuirlo, hasta que al cuarto día vieron alzados y de guerra á los indios taramaques. Duró esta guerra como dos años, en que murieron muchos españoles; pero el valor de los generales Retana y Alday, vizcainos ambos, los afligió, de suerte que los puso en puntos de su último y total esterminio, pues entre varias batallas en que les mataron muchos, les dieron una en una sierra contigua al pueblo de San Luis, visita de nuestra misión de Bachiniva, que me han asegurado muchos testigos de vista, que hay tanta osamenta de los indios que murieron, que causa admiración la muchedumbre.

Quedaron los taramaques destruidos con esta batalla, y pidieron la paz, que se les concedió ya asolados los mas de ellos. Por los años de 1703 se alzaron también los indios de la Sierra Colotlán, y después de haber muerto á su capitán, y querer ejecutar lo mismo con su cura, á fuerza de armas los bajaron de la Sierra, después de haber saqueado y robado las estancias, labores y vaquerías. El mismo año, con poca diferencia, se alzaron los indios de Milpillas, después de haber muerto á su cura y al guardian de su convento, como queda dicho. Serenada por los referidos medios la nación tepeguana, después del gran quebranto de las personas y vidas de los religiosos, se levantó otra tormenta, para nuestra provincia muy peligrosa, en que peligraban nuestras famas, tormento el mas sensible en la estimación de los hombres, que motivó á la provincia á solicitar la defensa, pues la virtud debe defenderse del deshonor que se le imputa, como con elegancia dijo la erudición: *Virtus amat inclita famam*; que para ser hombres virtuosos, no es necesario, como juzgan algunos caprichosos, vivir desacreditados y abatidos, que no es lo mismo ser humilde que ser humillado.



Hizo por este tiempo el Illmo. Sr. Hevia, obispo de la Vizcaya, dictámen ajustado á su conciencia (que no puedo discurrir otro motivo en una dignidad tan paterna), de despojarnos violentamente de doce doctrinas de la Vizcaya, para dârselas á los señores clérigos, dejándonos aquellos muy inútiles y desacomodados parages, en que jamas hubo esperanza de poner ministro clérigo por la aridez de sus países y peligro de la vida que tienen los religiosos en ellos; y aun de los doce que á su Ilustrísima parecieron buenos, los dos se quedaron sin ministro, porque lo mismo fué poner en ellos á los clérigos, no acostumbrados á vivir en semejantes pensiones, que aumentarse fugitivos de todo el obispado. Con este trabajo se negaron á los religiosos las limosnas que S. M. daba para su sustento y vestuario, y como no habia otra forma de sustentarse en estos retiros, se padecieron inmensos trabajos. Determinóse el M. R. P. Fr. Ambrosio Vigil, así que le eligieron provincial, pasar personalmente á España, y llevando informacion jurídica de lo sucedido, trajo declarada la violencia y nulidad del despojo, y mandato del supremo Consejo de Indias ejecutivo, de que luego se nos devolviesen las doctrinas, que con tan inopinada violencia se nos habian quitado, como se ejecutó sin remedio alguno, aunque no faltó resistencia para el cumplimiento: de que se infiere que no fué justo el despojo de aquellas casas fabricadas con sudor y sangre de los religiosos, pues tan ejecutivamente deshizo el maduro Consejo de Indias una ejecucion tan en perjuicio de los religiosos y sus honras.



## CAPITULO XII.

*Dáse noticia en qué estado están al presente las hostilidades de los indios, y de los trabajos de los religiosos que han*

*caído en sus manos en estos tiempos.*

Despues de las referidas sublevaciones de los indios, y otras muchas, que por evitar prolijidad, omito, que por ser varias las naciones, cuando unas están en paz, otras están alteradas, digo que los religiosos de esta provincia, en llegando á los contornos de Durango y á los confines del Saltillo, moran en sus conventos en un continuado susto, porque, como están rodeados de indios bárbaros, que andan en sus serranías circunvecinas ejecutando de sus acostumbradas atrocidades, se recelan, y con justificada razon, cuando asaltan los conventos ó les pegan fuego, y perecen miserablemente á sus crueles manos, y cuando caminan por los referidos parages y por los reinos de Leon y la Vizcaya, cada paso que dan es un susto, y cada instante un peligro, sin llevar la mas leve seguridad de la vida, pues actualmente están sucediendo cada dia muchísimas desgracias, y el año de 1735, á las goteras de Durango dieron los indios, y despues de haber muerto dos personas mayores, se llevaron tres muchachos. En Canatlán, San Juan del Rio y Casco, han hecho estos dos años mas de cuarenta muertes en los pobres pasajeros, hasta llegar á quemar vivos á muchos, sin que haya forma de remediar tan grande daño, por falta de celosos ministros de la guerra; y aunque algunos en algunos presidios